

Los misterios del Pompidou de Málaga

«El acuerdo entre la ciudad y el museo parisiense para la cesión de fondos tiene flecos sin resolver. Los gestores franceses lamentan la precipitación del anuncio de ayer. Es el enésimo capítulo de una tendencia muy de hoy: responsables de grandes museos internacionales acceden –talonario mediante– a que sus fondos se paseen por el mundo. Los políticos en disposición de lograr que eso ocurra, tan contentos. Los gestores de los museos, felices de hacer caja en tiempos duros. Democratización de la cultura, lo llaman».

BORJA HERMOSO, *El País* (Andalucía), 30 de noviembre de 2013

«El hijo de una amiga mía lleva siete años estudiando gestión cultural. Cada año el gobierno recorta el presupuesto destinado a museos y arte, pero él va a sacarse el título.

–¿Y después?

–Después, si tiene la suerte de conseguir un trabajo como vigilante de museo, lo despreciará porque él es gestor de arte –dijo. Luego, con voz más amable, agregó–: Es un chico brillante, le apasiona lo que estudia, y por lo poco que sé sería perfecto para trabajar en un museo. Si no fuera porque no va a haber trabajo».

DONNA LEON, *La palabra se hizo carne*

1. La cultura es un bien de primera necesidad. Contribuye al bienestar de las personas, en la medida en que las dota de más instrumentos para la aventura humana. Es un factor de complicación, que enriquece la experiencia, un momento que, desde Montaigne, sabemos que nos constituye como personas pero la cultura no es garantía de nada: ni de bien, ni de verdad, ni de felicidad, ni de éxito. En nombre de la cultura se han cometido las peores atrocidades.

2. El ser humano es un ser relacional que se comunica por signos. La cultura es información. Capacidad de adquirir y transmitir conocimientos y experiencias. De hacerlos propios y de transformarlos. Es decir, de avanzar en la creación del sentido. La vida no tiene sentido pero el sentido es necesario para la vida. Esta precariedad de los fundamentos de la cultura es su esencia. Y la expresión de su humanidad. La cultura es inmanente a un ser humano contingente por definición. La idea de una cultura trascendental está directamente vinculada a las estrategias del poder y de la dominación.

3. La pasión por la cultura es la asunción de su propia fragilidad. Por eso la cultura tiene una dimensión trágica. Es decir, es el reconocimiento del carácter contingente de la experiencia humana y es expresión de la voluntad de superar el vértigo que ello genera. Con la cultura nos confrontamos al sinsentido de la vida. En la negación del sentido trágico de la vida está el germen de la barbarie.

4. Frente al carácter trágico, la cultura puede aportar una dimensión irónica: la asunción serena de la contingencia. La ironía es el bisturí que pone en evidencia la precariedad de las creencias generalizadas, de los prejuicios compartidos, de las ideas recibidas. De todas aquellas cosas adquiridas en nombre de las cuales, como advertía Voltaire, los humanos pueden cometer cualquier atrocidad. Pero la ironía es también capacidad de poner distancia consigo mismo. De asumir los límites.

5. Muchas culturas, una sola humanidad. En este sentido la cultura es la base de cualquier propuesta humanista. De cualquier discurso que asuma la centralidad de los humanos como sujetos y objetos del conocimiento y de la experiencia.

6. «La cultura es desde siempre, congénitamente, un instrumento de control social, o político social cuando hace falta; por esta congénita función gubernativa tiende siempre a conservar y perpetuar lo más gregario, lo más alienante, lo más homogeneizador. Hoy está cabalmente representada por este inmenso cero que es el fútbol». Estas palabras son de Rafael Sánchez Ferlosio. La cultura como poder suave y como lenitivo. Poder suave que consolida las hegemonías por la vía de imponer verdades no cuestionadas, ya sea en nombre de lo natural, de la creencia, de la costumbre, de la tradición, de las leyes inexorables de Dios, de la economía o de la historia. Lenitivo, con algo hay que entretener a los que se quedan, que garantiza la creación de espacios subculturales sobre los que propagar los valores que aseguran el control social: el dinero, el mérito, la tribu, la victoria por persona interpuesta. Todo sistema de denominación genera un sistema cultural efectivo: los nuestros y los otros.

7. Las políticas culturales de los gobiernos tienden a potenciar el patrimonio y la industria. El patrimonio como exaltación de la tradición y confirmación de las raíces y de las continuidades. La industria porque la Cultura genera desconfianza al poder político (especialmente los conservadores de derecha e izquierda que la ven ajena y subversiva,

temen que se les escape) y la vinculación al negocio es la mejor forma de neutralizarla. Un artista millonario es un artista domesticado.

8. Sin embargo, la filosofía espontánea de los actores culturales comporta voluntad de autonomía y actitud críticas. Un país que no es capaz de generar espacios para la negación por la vía de la cultura, es un país anquilosado que lleva el sello de la decadencia.

9. La cultura de la sospecha alimentó parte del pensamiento de posguerra. La cultura como cuestionamiento y transgresión. Ahora, las fronteras entre legitimación y crítica se desdibujan. Y la transgresión, a menudo, se reduce a una parodia.

10. La promiscuidad entre industrias culturales, inversores y programadores artísticos genera una superestructura de alcance mundial muy cerrada que somete a los creadores a un cedazo de modas y estilos francamente empobrecedor. La conversión de un artista periférico en una figura mundial acostumbra a pasar por su adaptación a pautas y esquemas occidentales que dejan girones de creatividad y originalidad por el camino. El mercado no puede ser el último indicador cultural, pero el control gremial es una fuente permanente de mandarinos. Los tejidos culturales son densos y dispersos, no es fácil separar el grano de la paja, pero las tres barreras selectivas al uso –el mercado, los depositarios del saber cultural y los medios de comunicación– muestran grandes deficiencias. Los mecanismos de control de calidad de la república cultural están averiados. En los medios predomina el culto a la figura consagrada y la afición al ruido. *Google*, el buscador omnipotente, se ha convertido en el intelectual más influyente del planeta: marca los caminos a seguir a la inmensa mayoría.

11. El archivo y la experiencia virtual. ¿Qué será de la cultura en el mundo de las redes sociales? El gran archivo favorece la memoria y el intercambio, pero la infinita información, ¿alienta a la creatividad o estimula el revival? El espacio virtual abre una nueva dimensión a la experiencia: modifica la intensidad del encuentro entre sujetos, fundada en el cuerpo a cuerpo, y de la relación del sujeto con el objeto, que se desvanece en la red. La aceleración que las tecnologías de la información genera afecta al tiempo de cada cosa: tiempo de pensar, tiempo de crear, tiempo de experimentar. El armazón de la cultura está en plena mutación.

JOSEP RAMONEDA, «XI tesis sobre la cultura»,
La Maleta de Port Bou, nº 1, septiembre-octubre de 2013.